

## 1. La grieta

Lialdo estaba al cuidado de su abuelo. Era la primera vez que esto sucedía a lo largo de los 9 años que había cumplido el muchacho. Quizá por esta razón el abuelo aprovechó la oportunidad para llenarle la cabeza con todo tipo de fábulas y de historias fantásticas. Entre ellas se destacaba una relacionada con un extraño jinete, un hombre de capa larga y de sombrero, quien llevaba puestos, además, unos amplios zamarros de piel que iban sonando al paso del caballo. Aparecía por un antiguo camino real trazado en medio del monte y algunos sembradíos. El camino salía desde las inmediaciones del río Cauca en una vereda de Cajibío hasta llegar a la ciudad colonial de Popayán.

Mientras cabalgaba, la capa larga se extendía agitándose por encima del caballo dando la impresión espantosa de que el animal flotaba sobre el piso. Llegaba hasta cierto punto del camino donde el jinete desaparecía repentinamente del caballo. Este continuaba galopando solo, como si estuviera siendo cabalgado por el viento.

Nadie había contemplado el rostro del jinete. Lo ocultaba debajo de las alas del sombrero forrado en cuero sintético y, por supuesto, nadie ante semejante pavoroso encuentro se había animado a mirarlo de frente. Hasta se creía que ese espanto era el mismo Lucifer disfrazado de hombre, y que en otra historia aparecía montado en una mula colorada y acompañado de un perrote negro.

Cada palabra del abuelo se iba transformando en imágenes ante Lialdo. De modo que, por más que esto hubiese acontecido hacía ya mucho tiempo atrás, él podía vislumbrarlo todo como si los hechos estuvieran sucediendo en ese momento preciso. Y al igual que en un sueño vívido percibía las sensaciones dándole a veces la rara impresión de que era él mismo quien viajaba sobre el caballo del jinete.

Avanzaba con los sentidos extraviados en las encrucijadas más hondas de la memoria, no miraba el camino, dejaba que la bestia conocedora de todas las veredas lo guiara, pues estaba seguro de que la inteligencia del animal lo llevaría directo a su destino.

En las fincas de la región se escuchaba el desacompasado canto de los gallos, proclamaban las horas o no sé qué cosa de su naturaleza específica de animal, rey de sus hembras y vasallos.

El jinete iba concentrado en sus pensamientos y mantenía sus sentidos desconectados del medio exterior. De pronto el caballo se detuvo, parecía nervioso, levantó las patas delanteras y masticó el freno con la cabeza erguida como si alguien le hubiera tensado las riendas. Los gallos suspendieron el canto y el frío del ambiente pareció sentirse con mayor intensidad sobre la piel. Fue entonces cuando el jinete reaccionó estimulado por los hechos abruptos del momento. Se zafó de los pensamientos que lo enredaban ocupando sus sentidos y miró las sombras de la madrugada, entonces tomó

conciencia del momento... Sólo se escuchaba el golpeteo nervioso de los cascos equinos sobre la tierra tostada por el rigor del verano. Las orejas del animal parecían antenas desplegadas al frente captando quizá alguna señal extraña, algo que los acechaba en las cercanías, luego las tiraba hacia atrás, como deseando esconderlas de ese mismo algo que el jinete no alcanzaba a percibir. El amo trató de hacer andar al caballo, pero el animal se obstinaba quedarse plantado, en retroceder como si temiera el encuentro o el peligro de algún ente espantoso a pocos metros del lugar.

Por entre las nubes tenues del firmamento aparecían las estrellas silenciosas. Y la luna insípida lucía igual que una hostia gigante arrancada de algún altar de Jesucristo, y por instantes daba la impresión de hallarse a punto de descender a la tierra en un intento loco de rodar sobre sus campos.

El jinete se bajó del caballo. Revisó los arneses, la cincha y la gualdrapa sobre la cual descansaba la silla, buscó algo que pudiera estarle tallando a su cabalgadura, sin embargo le pareció que todo estaba normal. Entonces volvió a montarse, pero fue imposible hacer que el animal continuara avanzando. Se apeó de nuevo, lo agarró con violencia por las riendas, lo cabestreó varios metros antes de colocarse otra vez sobre la silla, continuó de esta manera hasta aproximarse al lugar donde se hallaba un conducto, que abría sus fauces oscuras desde uno de los altos barrancos del camino.

Aquella grieta había sido hecha años atrás durante la guerra civil, para emboscar y ejercer control sobre quienes se veían obligados a transitar por aquel sendero. Después de algunos asesinatos la gente había cubierto el piso de vidrios filosos, para dificultarle a alguien la tarea de retomar la actividad maléfica del pasado. La violencia había quedado atrás. Pero el alma de los muertos parecía continuar estancada en el sitio, ya que muchas personas decían ver sombras, entrando y saliendo del tenebroso agujero durante las noches.

## **2. El rostro de la muerte**

El jinete llegó al sitio donde se encontraba el agujero abierto en la tierra, la maleza crecía llenándolo casi por completo, las sombras parecían acechar desde ahí los transeúntes. El caballo rebuznó, movió las orejas, tal vez, para enfocar mejor las ondas sonoras, como quien espera la voz de ¡Listos!... ¡A correr!, movió las patas de través hacia la horilla del camino opuesta al umbroso canal. Tenía los pelos de punta como espinas blandas y sus ojos desorbitados caían fijos en la boca abierta sobre la vía en cuya garganta se habían perdido más de tres vidas. Apretó el paso de manera autónoma. Y corrió a toda velocidad sin tropezar durante unos 15 minutos. Ahora trotaba en medio de los sembradíos de café llenos de aroma, poblados de flores

blancas simulando una invasión fantasmal. Todo permanecía en silencio, un silencio extraño, inquietante.

El jinete pensó en otro viajero que había visto desde hacía un buen rato avanzando tras de él... Lo había perdido de vista pese a que el caballo se había encaprichado en detenerse. Durante todo el tiempo él había estado esperando la oportunidad de dejarse alcanzar y compartir el viaje, pero el otro jinete parecía no tener prisa, incluso daba la impresión de que tan pronto él disminuía el paso lo imitaba, de modo que se mantenía siempre a una distancia prudente. Cuando abordaba estos pensamientos, sintió que algo acababa de subir al caballo haciendo arquear el lomo del pobre animal.

—¡Jesús Santísimo!

El jinete echó el cuerpo hacia delante, trataba de evitar el contacto con su inesperado acompañante de viaje. Imaginaba algo de naturaleza tan espantosa que el simple roce con la piel significaría una experiencia horrible para cualquier ser humano.

El caballo se movía con dificultad, aplastado por un peso gigantesco y la respiración agitada le hacía mover todo su cuerpo, que mantenía al jinete en un movimiento de sube y baja.

—Regáleme un cigarrillo.

La voz correspondía en apariencia a la de una mujer.

El hombre lleno de espanto se apresuró a buscar bajo su capa, sacó un cigarrillo nacional, lo entregó enseguida con mano temblorosa, pasándolo hacia atrás por encima del hombro sin volver la cabeza.

—¿Me da candelita?

Él se estremeció. Sin responder palabra, buscó entre el bolsillo hasta que sus dedos temblorosos lograron agarrar el encendedor, entonces lo pasó también por sobre el hombro manteniendo la cara hacia el frente. Pero esta vez no pudo evitar que, al entregar el objeto, su mano se rozara con la de aquella mujer extraña. Volvió a estremecerse. Oyó accionar el artefacto de fuego, vio aparecer a espaldas suyas el fogonazo y creyó sentir el poquito de luz amarillenta.

Al rozar la mano de su acompañante inesperada le pareció que tenía la piel tibia y llena de suavidad, muy al contrario de las espantosas manos que había supuesto, llenas de ásperas arrugadas y capaces de transmitir un frío semejante al de un trozo de hielo o en su defecto el ardor chirriante de un metal encendido.

En su mente apareció la enorme curiosidad de ver a la bruja, pues ahora estaba seguro que se trataba de una bruja y no de un ser extraño por completo a su misma naturaleza física. Por otra parte, llegó a pensar que ella no significaba un peligro real para él. Sin embargo, una y otra vez logró contener el hechizado impulso de volverse para mirarla.

—¿Qué hace por aquí a estas horas? —preguntó él. Fingía tranquilidad.

—¿Yo?, hasta ahora nada emocionante, ¿y usted para donde va?

La voz cálida llena de frescura de la desconocida logró desconcertarlo más, y los pocos resquicios de temor que podrían existir desaparecieron por completo de él.

—Para la ciudad —respondió.

Volvió la cabeza impulsivamente hacia la interlocutora, girando su cuerpo sobre la silla, lo animó quizá la dulzura envolvente de aquella voz que lo llevó a concebir, en la imaginación, la presencia no de una mujer algo diabólica sino la simple imagen de una solitaria joven traviesa en busca de una apasionada aventura.

Ella aspiraba el cigarrillo en ese momento. Una luz, por demás inusual, emergía de la roja braza iluminando el rostro de la eventual acompañante.

—¡Jesús Santísimo!

Un grito de espanto se escapó de la garganta del jinete.

Ante él había encontrado algo parecido a una calavera de dientes renegridos entre los cuales aparecían dos enormes colmillos superiores más largos que los de un tigre, estos se cruzaban con los colmillos inferiores de menor tamaño, dándole a aquel rostro una apariencia aterradora de bestia mitológica no mencionada jamás en ninguno de los relatos tradicionales que había empezado a conocer desde su niñez.

Tenía los ojos colorados metidos en el fondo de grandes cuencas redondeadas, sus pupilas brillaban semejantes a dos ollas de fuego encendido, y lo miraban fijamente de manera aterradora igual que lo haría una fiera antes de saltar sobre la víctima de su apetito bestial.

Aquel ser espantoso, vestía de un color negro tan concentrado que sobrepasaría el color de la más oscura de las noches. Entre los garfios de la mano siniestra sostenía un pequeño estandarte, parecía hecho de oscuridad. Ahí permanecían indelebles unas raras y antiguas inscripciones pictográficas garabateadas con fuego. Agitaba el estandarte de manera compulsiva, imitando los gestos de un director de orquesta y lo dirigía a todas direcciones, al compás del movimiento se escuchaba la algarabía de gritos y lamentos humanos unidos a la voz quejumbrosa de todo tipo de animales del mundo en número incalculable. El bullicio parecía emerger del fondo mismo del silencio que había colmado el ambiente natural. En uno de sus locos movimientos, aquel ser espantoso, detuvo su estandarte señalando al jinete mientras le clavaba los terribles ojos fosforescentes.

—¡Maldito esbirro del mal! —exclamó el hombre.

El caballo salió disparado del lugar. En el arranque tiró a la pavorosa figura que rebotó sobre la tierra cuarteada, produciendo un ruido estrepitoso, y en el acto una carcajada horrible estremeció todo en derredor. El estruendo de aquel ser espeluznante y su diabólica risa espantaron aun más al animal ya desbocado.

El jinete permaneció aferrado a la silla sin mostrar el intento de parar al asustado animal, iba equilibrado, con los pies metidos en los estribos, inclinado un poco hacia atrás durante la veloz carrera. De pronto pareció que perdía el equilibrio, osciló dos o tres veces en la silla, y se desplomó sobre los miles de bocas abiertas que tenía la tierra a causa del verano.